



Daniel Bourguet

OREMOS LOS SALMOS

EMAÚS 161

CPL
editorial

I. BUSCANDO LA VERDADERA

ORACIÓN

Antes de decir nada sobre los salmos, por el solo hecho de pensar en la oración, surge en mi interior esta frase: «La oración es la belleza del hombre». No sé quien la ha dicho, ni de donde proviene. Me la hago totalmente mía. Me ha sido dado poder verificar en algunos rostros cuán verdadera es, y yo mismo quisiera también ser su reflejo.

LA ORACIÓN ES LA BELLEZA DEL HOMBRE...

La oración es la belleza del hombre. Tenía ganas de no escribir nada más y de dejarte, amigo lector, únicamente con esta frase para pensarla, un poco como hacían los antiguos, que solo daban una única palabra: ¡*Abba, dinos una palabra!* Y el anciano respondió, *la oración es la belleza del hombre.* Pero yo soy novicio, ¡y los novicios son a menudo una pandilla de charlatanes! ¡Perdona!

La oración es la belleza del hombre. No quisiera haber dicho nada más que esto a lo largo de mi vida, no solo a ti, sino también a Dios, como una acción de gracias, como el balance de una vida, como el fruto de una progresión, *Señor, lo reconozco y lo confieso ante ti: la oración es la belleza del hombre.*

Hay tanta gente, en nuestro mundo, herida, desfigurada, todos lo estamos, realmente, más o menos, desde que la vergüenza ha surcado las arrugas de nuestra cara, a la salida del jardín del Edén. Desde entonces, solo podemos llorar esta belleza perdida.

... UNA BELLEZA QUE VIENE DE DIOS

Tal vez se precisa toda una vida de oración para que, al girarnos hacia Dios, la oración nos haga recibir de él nuestra belleza primitiva, puesto que esta belleza no se hace ella misma; se recibe. Esta belleza es una belleza interior. Para una belleza así son necesarios años de oración, una lenta remodelación entre las manos de Dios, un trabajo paciente de su inspiración, una larga labor de creación interior.

Dios ha modelado al primer hombre con las manos de alfarero. Lo ha modelado desde el exterior. Al hombre nuevo, sin embargo, lo modela desde el interior, no con sus manos como lo haría un peluquero o una esteticista, sino con su amor, un poco como se modela una flor. La belleza de una flor se elabora desde el interior, para expandirse mejor hacia el exterior. Al hombre nuevo le ocurre lo mismo, solo que su belleza es un reflejo de la de Dios. Estar ante Dios embellece, tal como dice el salmo, *Contempladlo, y quedaréis radiantes* (34,6), sin sombra ni turbación en su rostro. La belleza se recibe de Dios.

Es la belleza del hombre, es su grandeza, la oración, su dignidad, su misterio profundo. Es porque forma parte de este instante de gracia completamente inau-

dito, en el que el hombre está ante Dios, en un cara a cara absolutamente sorprendente: es tan contrastado el cara a cara entre un simple y vulgar servidor y el Señor de los señores en su infinita majestad. Un cara a cara, no fortuito o furtivo, imprevisto o a escondidas, sino cotidiano, habitual, durante toda la vida o para llenar esta vida.

¡Un cara a cara con Dios! ¿Nos damos cuenta de lo que significa esto? No acabaremos nunca de medir el peso de estas dos palabras, *ante Dios*... Dios, el infinitamente grande, el más allá de todo, aquí ¡delante mío! Cuánto rato deberíamos estar en silencio, antes de atrevernos a pronunciar la primera palabra, la palabra más corta, una sola palabra.